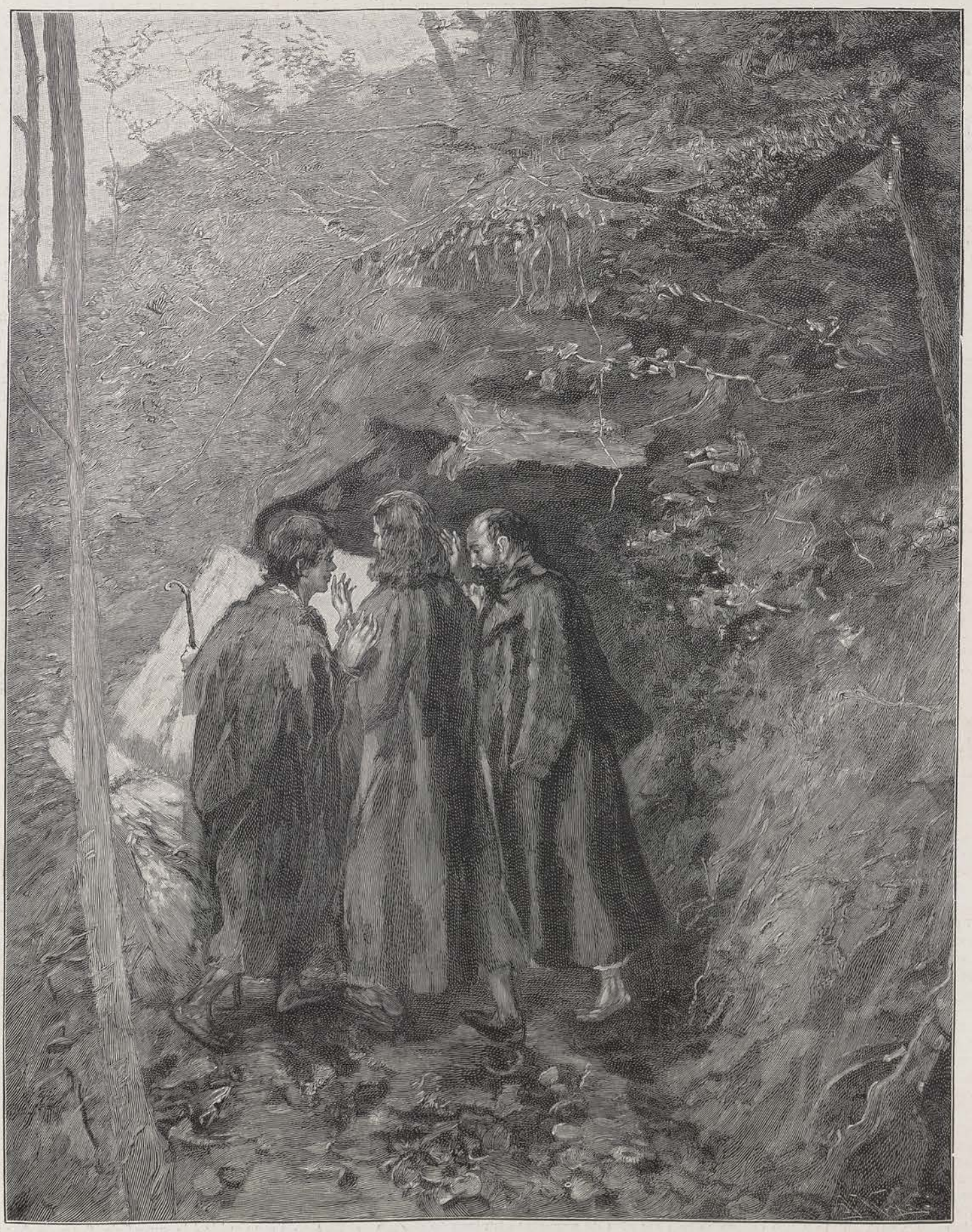
La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 13 de abril de 1908 — Núm. 1.372



CAMINO DE EMAÚS, cuadro de Federico Uhde

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. – *Expiación*, por Miguel Sarmiento. - *Galería de los Uffizi de Florencia. Colección de auto-retratos de artistas célebres.* – *De Marruecos. Operaciones de los franceses. Los españoles en el Cabo de Agua.* – *El Mokri en Rabat.* – *Miss Catalina Elkins.* – *Miscelánea. Noticias de Bellas Artes, espectáculos y necrológicas.* – *Alegre*, novela ilustrada (continuación). – *De Mombassa al Victoria-Nyanza en ferrocarril*, por Carlos Allaud (conclusión).

Grabados.—*Camino de Emaús*, cuadro de Federico Uhde. – Dibujo de F. Sardá que ilustra el cuento titulado *Expiación.* – *Los jóvenes de Emaús*, cuadro de Federico Uhde. – Nueve auto retratos de artistas célebres, expuestos en la Galería de los Uffizi de Florencia. – *Estación telegráfica sin hilos instalada por los franceses en el campamento de Bu-Znika.* - *Campamento de los franceses junto á la alcazaba de Bu-Znika.* – *Desembarco en el Cabo de Agua.* – *Fortaleza y cisterna en el Cabo de Agua.* – *El Salvador*, cuadro de Juan Herterich. – *La Santa Cena*, cuadro de Enrique Saffer. – *Marruecos. El Mokri y Si Kaddur ben Gabrit.* – *Miss Catalina Elkins.* – *El mercado de los Kavirondo, cerca de Port-Florencio. Mujeres Masaís á orillas de un río en las cercanías de Nairobi. Llanura de las inmediaciones del Victoria-Nyanza. Estación del ferrocarril de Mombassa al Victoria-Nyanza*, cuatro grabados que ilustran la conclusión del artículo titulado *De Mombassa al Victoria-Nyanza en ferrocarril.* – *Cristo llorado*, grupo en barro cocido y pintado al óleo por Juan della Robbia.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El estafador «elegante» que acaba de desaparecer de Madrid llevándose un pellizco de cerca de un millón de pesetas, es un hombre tipo, representativo de la actualidad social; su delito es colectivo, aunque lo haya cometido un individuo solo, y de su delito debería responder el estado social—si el estado social respondiese de alguna cosa...

***

Ante todo, conviene decir que, en noventa y nueve casos de cada ciento, estos hombres como Z*** —suprimamos el nombre—son extremadamente «simpáticos.» A su alrededor se alza un coro de alabanzas y de murmullos halagadores. Nadie tiene para ellos una frase, no diré de reprobación, pero ni siquiera de censura indirecta; todas las manos se les tienden; una indulgencia sonriente envuelve sus actos; á su presencia no hay gestos desabridos; las personas más conspicuas admiten su relación y roce con llaneza fácil, de igual á igual. Sorprenderíais mucho á los *sportmen*, á los aristócratas, á los pudientes que con Z*** alternaron en círculos y palcos de sociedades, y sabe Dios en cuántos sitios más, si les dijeseis que un hombre semejante, *que vive como rico sin ser rico*, es el germen fatal y necesario del estafador y del ladrón, y que si no hoy, mañana, la estafa saldrá á luz, llevándose consigo el pan de alguna familia, que llora su ruina en silencio...

***

Si no estuviese hondamente desquiciado el sentido social, no existirían estas sorpresas. Un establecimiento de crédito como la Caja de Depósitos no podría contar entre sus funcionarios de confianza á una persona que sólo posee el modesto sueldo de cinco mil pesetas, suficiente para que un soltero viva con economía decorosa, y que gasta setenta ú ochenta mil al año, por lo corto, en juergas, amoríos venales, tapete verde y derroche. Si un *viveur* por el estilo se sujeta á un trabajo diario de oficina que le reporta retribución tan insignificante para su tren y boato; si con el estómago pesado y los ojos hinchados de la orgía y el insomnio de la víspera se conforma á correr atropelladamente—son sus palabras—á la oficina, donde permanece escasamente media hora, enterándose á duras penas del embrollo de cifras y libramientos..., entenderá el menos entendedor que no es el amor al trabajo, no es el concepto del humilde deber cumplido, lo que lleva allí al empleado, y sospechará el menos receloso que cuando un jugador incorregible y público sigue desempeñando el cargo que le produce lo apenas bastante para unas noches de broma, es que detrás del cargo ve *algo* distinto, la reserva para un momento crítico, la caja de caudales donde meter la mano hasta el codo y llevarse entre los dedos buena tajada...

He aquí por qué digo que Z*** representa un tipo social, y que social es su delito. La podredumbre fría de las costumbres es cómplice y encubridora de esta clase de delincuencia. Cuando no se sabe—ó cuando se sabe sobradamente—el origen del dinero que un sujeto echa por la ventana, ni se concibe que encuentre abiertas las puertas del trato de personas que viven de lo suyo, de su fortuna propia—empléenla bien ó mal, esto ya es otra cuestión,—ni que un establecimiento serio le cuente en el número de sus funcionarios de confianza. No se concibe, pero es lo que sucede á cada paso; lo que diariamente vemos; lo que á nadie sorprende, y sólo arranca ocasionales gritos de protesta á las víctimas de la estafa, y en peligro de que el establecimiento conteste impasible: «No soy responsable... El sujeto se ha evaporado... No parece... Y aunque parezca, el dinero habrá volado ya... *Requiescat in pace...*»

***

Hace algunos años, un tesorero de Círculo huyó de Madrid llevándose una suma exigua relativamente á la «desfalcada» por Z***; algunos miles de duros. Ocho días antes de que esto sucediese, el entonces presidente del Círculo (está vivo y no me dejará mentir) me habló incidentalmente del tesorero en cuestión, y me dijo que era de estos individuos alegres y juerguistas, simpáticos hasta la pared de enfrente. Y recuerdo que le respondí: «Pues ese se les marcha á ustedes con los fondos, á la hora menos pensada.» Cuando en tan breve plazo se realizó la profecía, exclamó el presidente: «Pero ¿es usted zahorí?» ¡Zahorí! ¡Zahorí!, estuve por contestarle. A fe que se necesita el don de Isaías para vaticinar ciertas cosas. Si la sencilla noción de que no cabe gastar lo que no se tiene y conservar la honorabilidad entrase en las cabezas y ejerciese influjo en las relaciones todas de la sociedad, el caso de Z*** sería imposible, porque la Caja de Depósitos se hubiese apresurado á dejarle cesante, substituyéndole con otro «bastanteador» menos simpático, y que con sus pobres cinco mil sostendría quizás una esposa, unos hijos, un hogar sin más ostentación que la dignidad y la honra.

***

Los establecimientos de crédito están obligados moralmente á conocer la conducta de sus empleados y á prevenirse, evitando sucesos como el que hoy refiere la prensa. Siempre cabe que un empleado cometa una estafa; pero si ese empleado hace, sin recato, tal género de vida que irremisiblemente vendrá una hora en que no tenga más salida que cometer la estafa ó pegarse un tiro..., entonces el establecimiento es responsable, aunque por las triquiñuelas legales pudiese su responsabilidad no hacerse efectiva. Y si el establecimiento de crédito es del Estado, como en el caso presente, responsable debe ser el Estado; acaso se eximirá de la responsabilidad, pero el moralista le ve tan cargado de culpa como puede estarlo Z*** en el desconocido país donde oculta su delito y goza del fruto de su rapiña...

***

Lo más curioso del caso Z*** es que no fuese únicamente el Estado, sino los particulares, quienes depositaron confianza en él. Aparecen ahora unos cándidos señores que le habían entregado, para que cobrase el cupón, fondos por valor de trescientas mil pesetas. Este capital no despreciable, que desde hace años tenía en su poder el estafador, fué sin duda lo primero que derrochó, en su existencia intensa de alegre compadre. No negaré que para vivir en el mundo es necesario fiarse de alguien, y hasta fiarse de muchas personas. Sin embargo, paréceme excesiva confianza poner tal suma en manos de un jugador de oficio. Y eso de cobrar el cupón bien puede hacerse personalmente...

He oído yo quejarse á muchos hombres emprendedores, deseosos de dedicarse á negocios lícitos, á empresas industriales ó agrícolas, de la dificultad enorme con que aquí tropiezan tales intentos, por la falta de socios capitalistas; porque el dinero se invierte casi exclusivamente en papel del Estado, sosegada inversión que no da dolores de cabeza; y todo el talento, toda la energía que pretenda desarrollar un individuo trabajador, no dará garantías suficientes para que si necesita unos miles de pesetas ó de duros, encuentre quien se los proporcione. Y esos tenedores de papel del Estado, que temblarían ante la idea de asociarse á un intento útil para el desarrollo de la riqueza y la prosperidad del país, entregan intrépidamente fuertes sumas, sin la menor garantía, al parroquiano de la timba más ó menos elegante, al mujeriego y al nocharniego, al derretidor de moneda, y todavía sufren una decepción cuando, al preguntar por su pájaro de oro, el que lo tenía enjaulado imita el ¡frrrrt! del vuelo y sonríe para sus adentros, pensando que el mundo está poblado de inocentes...

***

Amén de los infortunados señores de los sesenta mil duros, surgirán, según parece, varios «perjudicados» que se fiaron de Z*** porque le veían ejercer importante cargo en la Caja de Depósitos. He aquí otro aspecto de la responsabilidad social á que antes me refería. El cargo supone la suficiencia—moral é intelectual—de aquel que lo ejerce. Tácitamente, el Estado garantiza á los que emplea, como los dueños de casa garantizan á los que reciben. Es la red complicada y fuerte de las relaciones sociales, y es la razón de que, cuando se falsean las nociones de lo verdadero y de lo recto en una sociedad, el daño sea infinito, y llegue á las últimas fibras y á los más recónditos senos. No es lo malo que haya algo podrido en Dinamarca, sino que el vaho de la charca forme parte de nuestra respiración. No es lo malo que existan estafadores, sino que puedan existir gentes cuyo género de vida les obliga á estafar, y que ocupan cargos que obligan al público á fiarse.

***

Otro aspecto curioso y social de este *affaire*, tal cual hoy lo refieren los diarios—yo no me hago responsable sino de la copia—es la manera que tuvo Z*** de calmar las impaciencias de los que le habían confiado fondos y los reclamaban sin obtener su devolución. «Voy—les dijo—á casarme con una señora inmensamente rica. Esperen ustedes, que al día siguiente de mi boda habrá lo suficiente para reintegrarles...» Y le creyeron.

Los comentarios á este incidente son tan sabrosos como desconsoladores. Todavía, según el criterio social, le quedaba al perdulario este recurso: no eran tan fatales la estafa y la fuga: podía reemplazarlas la tranquila explotación de las riquezas de una mujer. Así, todo se conciliaba: el derrochador entraba de lleno en el ambiente de lujo, brillo y *confort* á que se precipitaba como se precipita al foco de luz la mariposa; sus trampas de antes se cubrían con el soberbio manto de su opulencia actual; su reencarnación en millonario hacía olvidar sus tropiezos y titubeos de la época en que el dinero ajeno se le derretía entre las falanges... Como el protagonista del drama *La ráfaga*, de Bernstein, era el que había seguido la «carrera de rico;» con la diferencia de que éste, el de *La ráfaga*, prefirió una bala en el corazón á restaurar su fortuna por medio de una mujer, y Z*** hubiese preferido encontrar la señora poderosa que le sacase del atolladero. Tal desenlace parecía eminentemente lógico á sus acreedores; por su parte, la sociedad lo encontraría intachable. De un momento de emoción amorosa... ó lo que se le llame; del caso fortuito de cruzarse ó no en su camino la dama poseedora del gran bolsón bien relleno de oro, dependió el que el nombre de Z*** haya llegado á rodar con menosprecio por la prensa y las bocas, ó fuese, por el contrario, citado con ese murmullo de respeto misterioso que infunden los millones ajenos, de los cuales no ha de participar, ciertamente, el que así los venera...

Y yo me represento á Z***, en sus últimos tiempos de apuro, de ahogo, de *debâcle*, espiando, en teatros y paseos, la aparición de la fortuna debidamente simbolizada por una mujer. ¡Qué de miradas incendiarias; qué de proyectos de seducción; qué de escenas de la comedia del amor no habrá ideado el *viveur* exhausto ya de recursos, aguijoneado por la necesidad! ¡Qué de *combinas* para sorprender ese premio gordo que se llama una esposa archimillonaria! ¡Qué contradanzas de nombres, qué fiebre de indagaciones, qué cálculo de conjeturas, qué insensatos sueños de casualidades asombrosas, qué recuento de probabilidades físicas, qué de pedir consejos á su experiencia de aficionado á faldas, de cazador de cabelleras y atisbador de momentos psicológicos!

No sería él el primero, ni el segundo que... No lo sería, de fijo; pero esta vez, en este juego como en el otro, vino la contraria. Y entonces sólo quedaban el revólver ó la fuga. Y huyó de Madrid á otras tierras donde acaso le esperen nuevos lances de la suerte caprichosa, donde quizás encuentre la dama del bolsón, la racha feliz en los naipes, algo que le permita subir á la superficie, flotando de nuevo al sol y á la luz...

EMILIA PARDO BAZÁN.

EXPIACIÓN, CUENTO POR MIGUEL SARMIENTO. DIBUJO DE F. SARDÁ

El poeta loco corría por los bosques próximos

Al cabo de algunos años de vida errante, Marco Estacio volvió de Oriente. En el transcurso de aquella excursión—interrumpida por cien escalas á lo largo de las costas helénicas—se habían borrado los últimos vestigios de su locura. Tornaba con el espíritu diáfano, fecundado por gérmenes ignorados hasta entonces. Volvía con la cartera abarrotada de notas y con la Quimera, una mujercita de la Jonia conocida y amada por primera vez á la sombra de los olivos de Cérigo. Tenía aquella mujer en sus besos toda la miel de los antiguos idilios; en sus ojos, todo el azul de los mares sagrados.

Con sus notas y la Quimera partió Marco Estacio hacia la Costa Roja. Allí, en el Refugio, su quinta de poeta, se proponía reanudar la obra, condensación de un estro, interrumpida súbitamente por la locura. Llegaron allá al anochecer, cuando el sol en el horizonte se desangraba, tras de la niebla, como un dios herido. Alrededor del Refugio brillaba el esmalte de los naranjos. La balaustrada de la terraza rayaba el espacio. Todas las mañanas llegaban hasta ella á contemplar la mar. Recostados en el pretil, el poeta y la Quimera dejaban volar las horas, olvidados uno del otro y olvidados de sí mismos. La mar se extendía honda á sus pies, tan grande y á tal distancia que la espuma de las olas parecía siempre inmóvil. No se oía más voz que la voz de los pinares.

El trabajo absorbió, reconquistó á Marco Estacio. Y en el revivir de la facultad plástica, la forma, la cruz de toda su vida, se hizo premiosa, un tormento. Luchaba, insistía sin reposo. Maquinalmente rechazaba á la Quimera. Aplazaba su amor por ansia de libertad absoluta, y como una recompensa para después de aquella gestación que era ya un martirio.

Los primeros tiempos la Quimera aguardó resignada y muda junto al poeta. Más tarde, al verse olvidada, le abandonó en aquella lucha cortada charramente por hondos desmayos. Vagabundeó sola á través de los pinares. Tendida en el pretil, dejó correr los días, triste en aquel horizonte que ella imaginó encierro de un amor dichoso y que ahora contemplaba como camino de algo desconocido que había de llegar á redimirla de aquel aislamiento injusto.

Y lo desconocido llegó al fin. Una mañana amaneció un yate fondeado al pie de los bosques. Flotaba blanco y diminuto como una hoja de azahar caída de la altura. Aquella tarde apareció un extranjero en las gradas del Refugio. El poeta le tendió los brazos. Era uno de sus admiradores fervientes. Sentado bajo el parral cargado de hojas, el extranjero explicaba, contemplando á la Quimera, el objeto de su visita. Pasaba en su barco y había recordado el Refugio, y había pensado en el poeta cuya curación y regreso leyera, semanas antes, en un periódico. Era su visita una felicitación.

A los ojos de la mujer, aquel extranjero fué un enviado que llegaba con la aureola de una vida magnífica y errante.

Y pasó lo que había de pasar. Un día, á la hora del desayuno, Marco Estacio aguardó inútilmente á la Quimera. Envió á los criados en su busca. La Quimera no estaba en sus habitaciones ni en los pinares. El poeta corrió á la terraza. Del yate, ¡ni rastro! En el golfo desierto, encima de las grandes lajas sumergidas en fondos de esmeralda, brillaba el mar en su vaivén de siglos.

En un rincón del bosque, Marco Estacio se dejó caer vencido por la angustia. Y allí, echado en la hierba, oprimiéndose las sienes con las manos crispadas de rabia y de miedo, sintió el primer impulso de la locura. No escribió una línea más, no dió un solo paso para descubrir el paradero de los fugitivos. La locura renació días después; llegó sin arrebatos, lentamente, definitiva é irremediable. Se derramó en su espíritu como un bálsamo, borró la idea, apagó el sufrir.

El poeta loco corría ahora por los bosques próximos. A sus labios no asomaba más que una frase, cada vez que una vela remota aparecía y desaparecía en el horizonte: «¡El yate! ¡El yate!»

Parecía un graznido de mal agüero.

Anochece. Acaba un día de enero. Diluvia. Tras de los vidrios del chalet están el extranjero y la Quimera. Ha llegado correo de Europa. Sentados frente á frente, ambos ojean los diarios más recientes. Hace ya tiempo que viven los dos aquí, en las cercanías de Tánger.

Al volver la hoja de un periódico se inmuta la Quimera. Sus ojos leen rápidamente, en tanto que en su boca—rosal de amores—asoma un gesto de asombro que se convierte al punto en una mueca de angustia. Ofrece el periódico á su compañero con esta frase en que su voz pone toda la amargura de un largo sufrir:

—¡Lee!

Y el extranjero lee impasible, mientras la Quimera permanece con los ojos llenos de lágrimas fijos en los vidrios, tras de los cuales se esfuman las costas de Europa, más allá de los chubascos. El periódico habla del poeta loco, aplastado, agotado por la traición de una mujer y una labor sobrehumana. El crítico—¡una gloria de París!—describe el Refugio y copia fragmentos de la obra inmortal para siempre incompleta. Al concluir y al ver las lágrimas de la mujer, el extranjero dice en palabras que trascienden á tedio oculto:

—Debes ir.

Y este consejo que es una ingratitud del seductor y este artículo que es un remordimiento de la mujer ingrata, deciden á la Quimera. Ella despertará, con el calor de un cariño nuevo, la inspiración del loco.

Meses después volvía la Quimera á la Costa Roja con el alma anhelante, con sed, con ansias de perdón. Pero ni sus lágrimas, ni sus caricias, ni las súplicas despertaron en el poeta los impulsos de la venganza ni la alegría de los encuentros esperados. Marco Estacio la vió llegar indiferente. La mujer se arrastró arrepentida hasta sus pies. Todo fué inútil. De labios del loco se escapó el grito de su tragedia: «¡El yate! ¡El yate!» Más tarde se exacerbó en Marco Estacio la manía persecutoria. Quería vengar el agravio, encontrar á la Quimera. Fué preciso viajar y la Quimera viajó. Siguió á su compañero silenciosa y triste, arrastrada por el Destino, que la obligaba á marchar, á marchar sin descanso, persiguiéndose á sí misma, abrazada á su dolor, á través de todos los mares.

GALERIA DE LOS UFFIZI DE FLORENCIA

COLECCIÓN DE AUTO-RETRATOS

DE ARTISTAS CÉLEBRES

XIV

Con la publicación de esta lámina queda completada la notable colección de la importante galería florentina, que no dudamos habrán visto con gusto nuestros subscriptores y que constituye indudablemente una nota artística en extremo interesante dentro de las páginas de esta revista.

Los jóvenes de Emaús, cuadro de Federico Uhde

Luis Mussini.—Nació en Florencia en 1813 y falleció en Siena en 1888. Fué discípulo de su hermano César, notable pintor que desempeñó una cátedra en la Academia de Bellas Artes florentina y la dirección de la Academia de Siena. En 1849 obtuvo una medalla de tercera clase en el Salón de París y en 1877 se le distinguió con la cruz de la Legión de Honor. Entre sus principales obras merecen citarse las tituladas *Educación espartana*, que se conserva en el Museo del Luxemburgo; *Marino Faliero*, en la Galería de Wiesbaden; *Niños sieneses*, en el Museo Municipal de Turín, y *Mártires cristianos*, en el Museo de Siena.

Domingo Caldara.—Nació en Foggia (Italia) en 1814 y murió en Nápoles en 1907. Ingresó muy joven en la Real Academia de Bellas Artes de Nápoles, obteniendo el pensionado en Roma, después de haber completado sus estudios en el taller del famoso artista Felipe Marsili. Diéronle á conocer como pintor de grandes alientos sus cuadros representando *El sacrificio de Abel* y *Jacob*, que se conservan en la pinacoteca de Capodimonte. A estas producciones siguieron *Aparición de Cristo á Santa Teresa, Gloria de San Vicente Ferrer, San Fernando de Castilla*, que fué trasladado á Turín por mandato del rey Víctor Manuel II, *La presentación de la Virgen*, el retrato de *Fernando II de las dos Sicilias* y *Ultimos momentos del soberano*, ejecutados en Caserta por expreso encargo de la reina. Mereció afectuosa consideración de los monarcas y de sus compatriotas por sus relevantes cualidades y merecimientos.

Pedro Roi.—Nació en Sandrigo (Italia) en 1820. Estudió en la Academia de Bellas Artes de Venecia, estableciéndose en 1841 en Venecia, y dos años después trasladóse á Roma para perfeccionar sus estudios. Visitó Venecia y varias ciudades de Alemania, Dinamarca, Holanda y Francia, fijando definitivamente su residencia en Venecia en 1869. Entre sus mejores obras, son dignas de especial mención las tituladas *Romeo y Julieta*, que figura en el Museo de Vicenza, un retrato de *Pío IX, Santa Dorotea* y *Canto de Amor*.

Juan Salvador Sargent.—Nació en Florencia en 1858. Siendo sus padres americanos, fijóse su nacionalidad. Comenzó sus estudios en París en el taller de Carlos Durán, dándose pronto á conocer, puesto que ya tomó parte en el Salón de 1877, en donde y entre otras obras expuso un hermoso retrato de la Srta. W. En las siguientes exposiciones exhibió los cuadros titulados *La pesca, Retrato de su maestro, Entre los olivos, Interior, Capri*, etc., que también llamaron la atención. En 1887 establecióse en Londres, en donde alcanzó muy pronto merecida fama como hábil retratista, en cuyo género de pintura obtuvo uno de los primeros premios, logrando análogas distinciones en todas cuantas exposiciones ha tomado parte, sin que por ello haya renunciado á producir obras de diverso carácter, según lo atestigua, entre otros, su cuadro titulado *Niños iluminados por linternas venecianas*, que figura en el South Kensington.

José Villegas Cordero.—Nació en Sevilla en 1844. Comenzó sus estudios de pintura en su ciudad natal, teniendo por maestros á José Romero y Eduardo Cano. Su primera obra ejecutada en sus juveniles años, representando á *Colón en la Rábida*, mereció muchos elogios y fué adquirida por los duques de Montpensier. En vista del éxito obtenido, solicitaron sus padres de las corporaciones oficiales de Sevilla una pensión que permitiera al joven artista trasladarse á Roma, que al ser denegada, obligóles á imponerse grandes sacrificios, que Villegas después apreció en lo que significaban, satisfaciendo esta deuda de afecto y gratitud. Fijada su residencia en Roma en 1867, fué amigo de Fortuny y de Zamacois, recibiendo provechosas enseñanzas de Rosales, pintando su primer cuadro de importancia, *El descanso de la cuadrilla*, que fué adquirido por Stuard. A esta obra siguieron las que han servido para formar su reputación, entre ellas *Un bautizo en Sevilla*, adquirida por Vanderbilt por la suma de 150.000 pesetas, *La capilla de los toreros, Ultima entrevista de Felipe II y D. Juan de Austria, El último beso, El triunfo de la dogaresa Foscari, Una odalisca, La madre romana, Un héroe de la Saint Barthelemy, El maestro de capilla, Una barricada, El día de Ramos* y otras más, acreditando la valía de este meritísimo artista, que premiado en muchas exposiciones, festejado por artistas y magnates, condecorado y elegido socio honorario de diversas corporaciones artísticas, ha podido recibir testimonios de la general consideración, lograda á costa de su laboriosidad y de su talento. Ha desempeñado la dirección de la Academia Española en Roma y actualmente ejerce igual cargo en el Museo Nacional de Pintura y Escultura, en Madrid.

Franz Stuck.—Este distinguido dibujante, pintor y escultor, nació en Munich en 1863. En la publicación titulada *Fliegende Blätter* dió á conocer un considerable número de dibujos humorísticos, inspirados en cuadros sociales y alegorías en las cuales domina una nota de amarga sátira. Respecto de sus cuadros hemos de hacer constar que se distinguen por la simplicidad en los trazos y por las formas acentuadas y vigorosas. Entre sus más celebradas composiciones de sentido simbólico, tan admiradas como discutidas, citaremos *El pecador, El asesino, La guerra, Lucifer, La caza fantástica, El destierro de Ovidio, La Crucifixión* y *La piedad*. También ha pintado paisajes de un impresionismo tan armonioso como atrevido, que al igual de todas sus obras, revelan su personalidad artística.

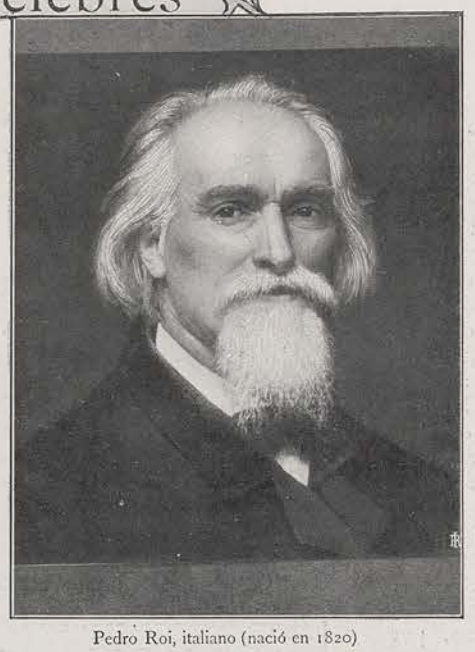
Carlos Emilio Zoir.—Nació en Gothenburgo en 1867, residiendo actualmente en Estokolmo. Se ha distinguido como pintor y grabador, alcanzando merecida reputación. Ha ejecutado muchos grabados verdaderamente notables, entre ellos los titulados *El esclavo blanco, Regreso del pescador, Pescadores suecos*, etc.—Z.

GALERIA de los UFFIZI. FLORENCIA

Auto-retratos de artistas célebres

Luis Mussini, italiano (1813-1888)

Domingo Caldara, italiano (1814-1907)



Pedro Roi, italiano (nació en 1820)

Juan Salvador Sargent, norteamericano (nació en 1858)

José Villegas Cordero, español (nació en 1844)

Franz Stück, bávaro (nació en 1863)

Carlos Emilio Zoir, sueco (nació en 1867)

Wilson Steer, inglés

Juan Bautista Canevari, italiano

LÁMINA 14.ª—DE FOTOGRAFÍAS DE E. ALINARI (LA DEL RETRATO DE VILLEGAS ES DE A. CATTANI É HIJOS, DE FLORENCIA)
(Reproducción autorizada.)

DE MARRUECOS.—OPERACIONES DE LOS FRANCESES.—LOS ESPAÑOLES EN EL CABO DE AGUA

Los anuncios de una próxima, paz de que nos hacíamos eco en una de nuestras anteriores crónicas, no se han convertido aún en realidad ni llevan por ahora trazas de ello; y se comprende, porque cada día resulta más evidente que el movimiento insurreccional de las tribus está fomentado y sostenido por las fuerzas del pretendiente Muley Hafid, á quien interesa mantener en el imperio un estado de perturbación constante, pues de este modo espera, sin duda, debilitar al Majzen, cansar á Francia y, en caso de que ésta apelase á procedimientos más enérgicos, excitar el fanatismo de los indígenas y proclamar la guerra santa contra los extranjeros.

Es preciso, por consiguiente, si Francia quiere poner pronto término á esta situación, ir directamente contra el foco de la rebeldía y reducir de una vez ó, cuando menos, infligir un castigo duro á las mehallas hafidianas, de donde parten todas las excitaciones. Convencido de esta necesidad, el general d'Amade, de acuerdo con el general Lyautey, entiende que la única manera de vencer de un modo definitivo la resistencia de los rebeldes es ocupar el territorio de los Xauías, cuya irreductibilidad hasta ahora se debe principal y casi únicamente á lo apartadas que las bases de las operaciones se hallan de los lugares en que éstos se realizan. Esta ocupación se conseguiría estableciendo puestos fortificados en el corazón mismo de aquel territorio.

El plan del general d'Amade se está poniendo ya en planta y ha dado motivo al combate de 29 de marzo último, del que nos ocupamos en la crónica anterior, y que habiendo comenzado por una sorpresa de las tropas francesas por los Medakras, acabó con la derrota de éstos y la ocupación de su campamento. El destacamento que tomó parte en aquella acción se distribuirá en tres puestos que forman los tres lados de un triángulo á la salida de la montaña del guad Aceila: el primero, en Dar-Buassa-ben-Aceila; el segundo, en Dar-Uld-Saila, y el tercero, en una colina cerca de Suk el-Rhamis. Estos tres puestos, distantes entre sí unos tres kilómetros, están perfectamente unidos uno á otro, y dos de ellos han sido bautizados por el general con los nombres de Du Bucheron y Sylvestre, para honrar la memoria de los dos oficiales que murieron en el citado combate.

La instalación y ocupación de esas fortalezas y de las demás que se vayan construyendo á medida que las tropas de d'Amade avancen, serán provisionales. Así lo dicen los franceses; pero al señalar las condiciones de cuyo cumplimiento dependerá el abandono de las mismas, dejan vislumbrar el propósito de que esa situación provisional se prolongue por un tiempo tan indefinido que Dios sabe cuándo volverá aquel territorio á quedar enteramente libre. En efecto, si para el abandono se exige no sólo la pacificación total de aquella región, sino además el pago de las indemnizaciones debidas por los asesinatos de Casablanca y es de suponer que también el de los gastos ocasionados por la actual guerra, bien puede afirmarse que hay puestos fortificados franceses para tiempo. ¿Consentirán las potencias esa ocupación? Desde el momento en que hasta ahora no han opuesto dificultad

Estación de telegrafía sin hilos instalada por los franceses en el campamento de Bu-Znika
(De fotografía de M. Rol y C.ª)

Campamento de los franceses junto á la alcazaba de Bu-Znika, situada en la costa septentrional de Marruecos, á poca distancia de Casablanca. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

alguna á las operaciones militares y han dejado que Francia vaya penetrando en Marruecos, y no pacíficamente, es lógico que tampoco se opongan á que procure resarcirse más adelante de los esfuerzos y de los sacrificios de hombres y de dinero que desde hace tantos meses viene haciendo.

Es de presumir que, una vez instalados esos puestos fortificados en los lugares convenientes y debidamente provistos de víveres y municiones, el general d'Amade procederá sin tardanza á una acción decisiva, dirigida seguramente más que contra tribus aisladas, contra el propio Muley Hafid, de quien se dice que, resuelto á jugar el todo por el todo, ha arrojado por fin la máscara de disimulo y de doblez con que hasta ahora ha pretendido encubrir sus verdaderas intenciones y ha declarado francamente su propósito de hacer directamente la guerra á los franceses en cuanto reciba los contingentes que con urgencia ha pedido á sus leales. Pero es muy problemático que tal propósito pueda realizarse. Muley Hafid está escaso de fondos, y sabido es que sin dinero no se sostiene una lucha por grande que sea el entusiasmo de los que á ella se lancen; y en cuanto á ese entusiasmo, no parece ser tanto como algunos han supuesto, como lo prueba, entre otras cosas, el hecho de que los habitantes de la ciudad de Marruecos, capital adicta al pretendiente, se hayan negado á enviar á éste los recursos pecuniarios que de ellos había solicitado.

En cambio, la situación de Muley Abd el-Aziz mejora de día en día. Son en gran número las tribus que se le someten, unas por convencimiento y otras haciéndose pagar á buen precio la sumisión, y las que hasta hace poco se consideraban más refractarias, como las de los Zemmur y los Beni-Hassán, han vuelto á la obediencia del sultán legítimo. Además cuenta con cuatro mahallas, fuertes en junto de 10.000 hombres bien equipados y armados y pagados puntualmente. Estas cuatro mahallas se hallan actualmente en Rabat y en sus alrededores: una de ellas, mandada por uno de los hermanos del sultán, acampa á unos diez kilómetros de aquella ciudad en el camino que conduce á Bu Znika, puesto ocupado por los franceses, que han instalado allí un campamento fortificado y una estación de telegrafía sin hilos; dos están dentro de Rabat, conteniendo la una el *afrag* ó conjunto de tiendas imperiales y mandada la otra por el ministro de la Guerra; y finalmente la cuarta, que es la más numerosa, acampa en el camino de Fez á las órdenes de Bujta-Bagdadi.

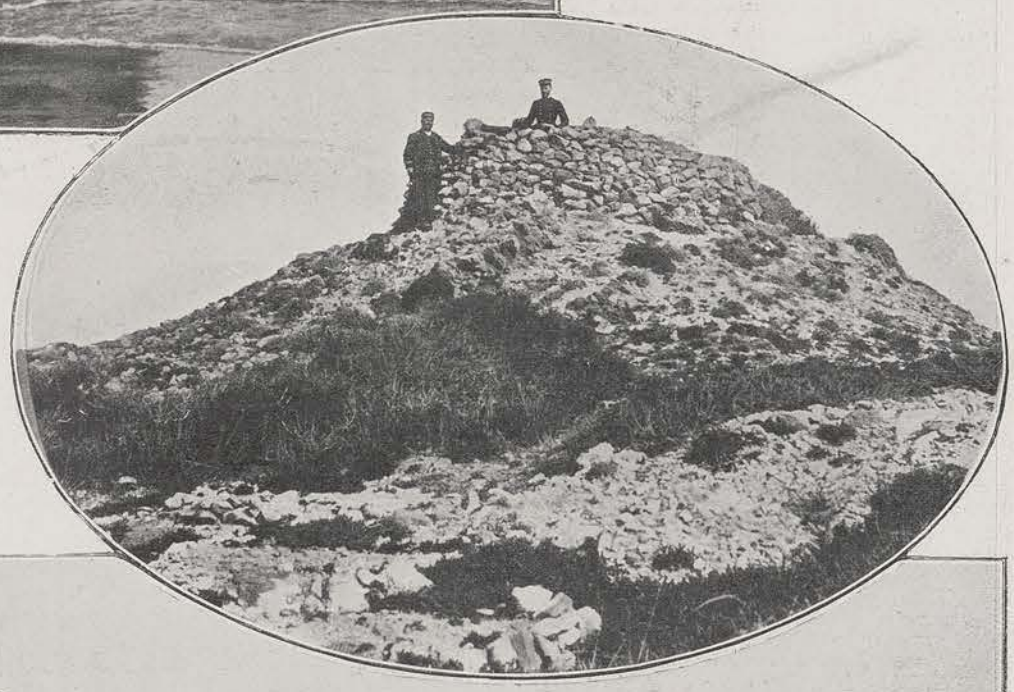
El día en que estas mahallas se muevan se habrá dado un gran paso en el camino de la pacificación.

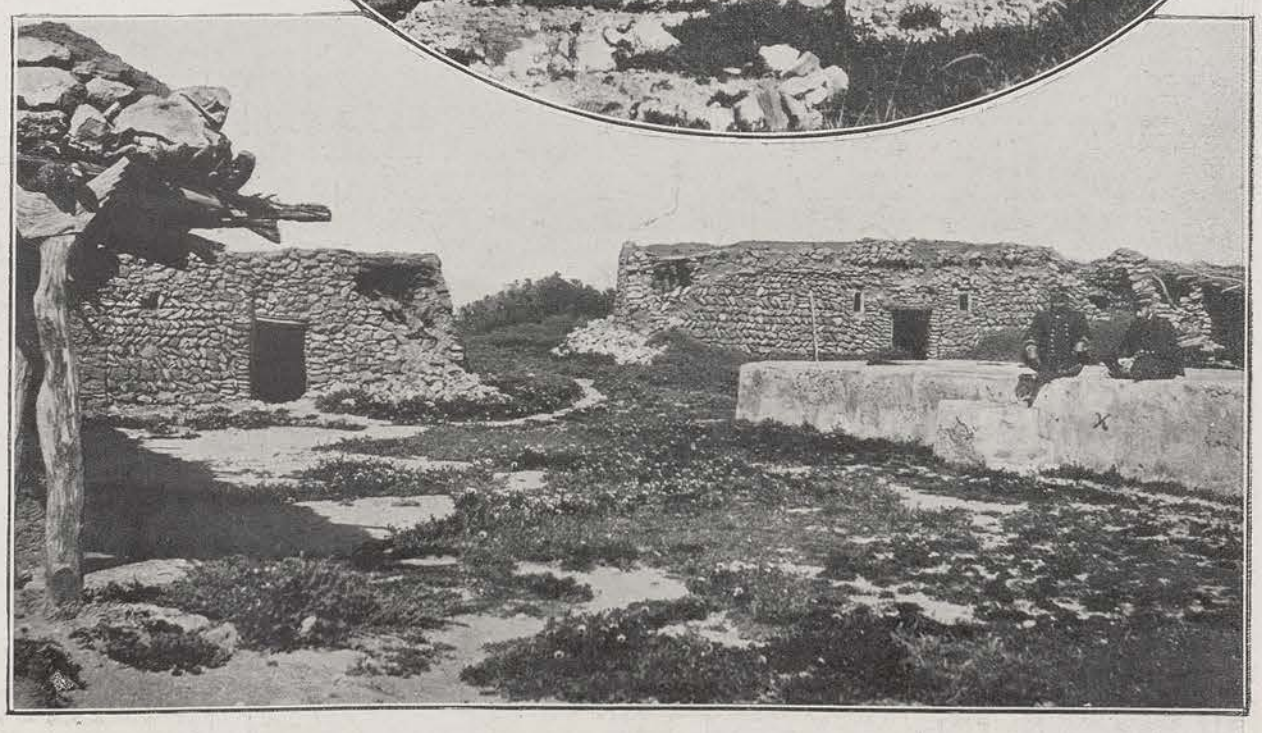
Oportunamente explicamos la ocupación de Mar Chica y de Cabo de Agua, indicando la importancia que la misma tiene para el presente y el porvenir de España en Africa. A propósito de esto, nos parece interesante reproducir algunos párrafos de uno de los artículos que en un diario de esta capital ha publicado hace poco el eminente africanista D. Gonzalo de Reparaz, autor de la notabilísima obra *La política de España en Africa*, digna de ser leída y estudiada por cuantos entienden que el problema marroquí es uno de los más vitales para nuestra patria.

«La ocupación de Mar Chica y del Cabo de Agua no sólo ha mejorado la situación harto precaria en que Melilla se hallaba por la estrechez á que se veía reducida, sino que nos permitirá asegurar y mejorar nuestros medios de acción en el Norte de Marruecos.

»Porque si la comarca que examinamos forma un conjunto geográfico (de la península de Tres Forcas al Cabo de Agua), de sus tres puntos esenciales—el Kert, Melilla y Chafarinas—poseemos dos con sus apoyos necesarios (Mar Chica y Cabo de Agua), no precariamente como antes. Poco tiempo hace que aventureros extranjeros intentaron introducirse entre Melilla y Chafarinas separándolas y anulándolas. Pero la factoría de Mar Chica ha pasado á la historia. Urgía impedir la reaparición de semejante peligro, y no bastando á asegurarnos de él la maltrecha majala del sultán, forzoso nos ha sido suplir la deficiencia de ésta. Y por aquí hubiéramos quedado, si la necesidad de atender á los obreros de Chafarinas, comprometida por el rumbo que en la vecina costa iban tomando los sucesos, no nos hubiera decidido á ir hasta el Cabo de Agua. De este modo y por tales causas ha venido á nuestras manos la mayor parte del trozo de costa antes mencionado. Hemos avanzado hacia el Mulu-ya, y estamos muy cerca de su desembocadura, que ciertamente no rebasaremos. Melilla y Chafarinas así enlazadas constituyen una posición muy fuerte, tanto para operar hacia el mar como hacia tierra; pero nuestra moderación nos ha contenido por la parte de Occidente vedándonos llegar al Kert, hacia donde me parece que las ruinas de Kasasa, antigua plaza española, nos están llamando á grandes voces, pues España debe asomarse cuanto antes por Tafersit al camino de Fez, á ver qué pasa y quién pasa por aquellos interesantes parajes.»—R.

Desembarcadero en el Cabo de Agua





Cabo de Agua.—Fortaleza.—Cisterna (×) de 22 × 5 metros y de mucha profundidad, situada en el patio del santuario y cuya agua es sagrada para las tribus de Quebdana. (De fotografías del capitán D. M. Lorduy.)

EL SALVADOR, cuadro de Juan Herterich. (De fotografía editada por la casa Franz Hanistaengli, de Munich. Reproducción autorizada.)

LA SANTA CENA, cuadro de Enrique Saffer, pintado por encargo del emperador Guilermo II de Alemania para la capilla evangélica de la guarnición de Halle. (Reproducción autorizada por la casa Braun-Clement, de Dornach.)

EL MOKRI EN RABAT

El ministro de Hacienda del imperio marroquí, El Mokri, ha permanecido una larga temporada en Europa, especialmente en París, en Amberes y en Lieja, con objeto de negociar un empréstito de 130 millones de francos para el sultán. Ignórase el resultado de sus gestiones, pero cabe suponer que si no ha logrado del todo su objeto, algo, por lo menos, habrá conseguido, pues las potencias europeas están interesadas en que de la lucha entre Muley Abd-el-Aziz y Muley Hafid salga triunfante el primero que, al fin y al cabo, no se muestra hostil á las miras civilizadoras y tiene puesta su firma en el acta de Algeciras, punto de partida de una nueva existencia para Marruecos.

Desde París vino El Mokri á Barcelona y de aquí partió para Madrid. El día 13 de marzo último salió de la corte para Sevilla y Cádiz, en donde se embarcó el 19 en el crucero francés *Friand* con rumbo á Rabat. El mal estado del mar, que hacía impracticable la barra, le impidió desembarcar en aquella ciudad, actual residencia de Abd-el-Aziz, y le obligó á hacerlo en Casablanca. Dos días después emprendió el viaje á Rabat, adonde llegó el 23.

Ha acompañado á El Mokri, durante su largo viaje por Europa, Si Kaddur ben Gabrit, intérprete de la legación francesa en Tánger.

Marruecos.—El Mokri, ministro de Hacienda del sultán, y Si Kaddur ben Gabrit, intérprete de la legación francesa en Tánger, en Rabat á su regreso del largo viaje que han hecho por Europa para negociar un empréstito. (De fotografía de M. Branger.)

MISS CATALINA ELKINS

Cada día son más frecuentes los enlaces entre las familias de los multimillonarios yanquis y las más aristocráticas de Europa; las más ricas herederas plebeyas del Nuevo Mundo conceden gustosas sus manos á los nobles más ó menos arruinados del Viejo y los millones de las unas sirven para devolver á los blasones de los otros el esplendor que tuvieron en otras épocas.

Esta clase de matrimonios ya no causan, por consiguiente, ninguna sorpresa; pero hay casos excepcionales que, á pesar de todo, sorprenden, y uno de ellos es el de miss Catalina Elkins, de quien se dice que está para desposarse con el duque de los Abruzzos, hijo del rey Amadeo de España y primo del actual soberano de Italia. Los antecedentes de éste, su brillante historia de marino y hombre de ciencia que le ha conquistado universal fama y su irreprochable conducta pública y privada, permiten asegurar que en su proyectado enlace no entra para nada el interés y que sólo el amor le mueve á unir su nombre ilustre al modesto de la joven yanqui. Estas circunstancias y además el génesis y el desarrollo de estos amores, demuestran que esta boda, si se realiza, no deberá incluirse en el número de aquellas en las cuales es factor principal la conveniencia.

Miss Catalina Elkins será inmensamente rica, pues además de la fortuna de su padre, que no es pequeña, tendrá la de su abuelo materno, Enrique Gassaway Davis, quien, en este asunto de la proyectada boda, se ha puesto enteramente del lado de su nieta.

La fortuna de Mr. Enrique Gassaway se estima en 60 millones de dólars.

El duque de los Abruzos ha permanecido últimamente una temporada al lado de la familia Elkins, en una quinta que ésta posee en la Florida.

Conoció á miss Catalina hace tiempo en Italia y se enamoró de ella, no habiendo podido desde entonces verla más que raras veces cuando fué con la escuadra italiana á los Estados Unidos, con ocasión de las fiestas de la exposición celebrada en Jamestown y después nuevamente en Italia, en los Alpes.

Para que la noticia de la boda sea oficial, sólo falta que el rey Víctor Manuel III, como jefe de la casa de Saboya, otorgue su consentimiento que, según parece, está dispuesto á conceder de muy buen grado.

Miss Catalina Elkins que, según se dice, se desposará en breve con el duque de los Abruzos
(De fotografía.)

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA.—*Salón Parés.*—En la exposición organizada últimamente por el «Círcol Artístich de Sant Lluch» han figurado notables obras de los reputados artistas Llimona (Juan y José), Baixeras, Masriera (José y Luis), Pascual, Feliu y Ferrer, Llaberías, Galí, Elías *(Apa)*, Torres García, Vilás, Serra y Aleu, Torrents, Valentí, Bosch, Carles, Mariné, Mir, Mompou, Lapeña, Guinó, Borrell y Nicolau, Villarrubias, Domingo y Camps.

***

Espectáculos.—BARCELONA.—En el teatro Romea se ha reproducido el grandioso poema sacro catalán, de gran espectáculo, en cinco actos y ocho cuadros, *Judas*, original de Federico Soler *(Serafí Pitarra)*, puesto en escena con el magnífico decorado que para su estreno pintaron los reputados escenógrafos Soler y Rovirosa, Moragas y Urgellés.

Para la próxima temporada de primavera del Gran teatro del Liceo, que comenzará el día 19 de los corrientes, han sido contratados, entre otros, los eminentes artistas Titta Ruffo, Teodoro Chaliapine, Eduardo Garbin, Guido Vaccari, Lina Passini Vitali, María Grisi y Graziella Paretto. Las óperas que se pondrán en escena serán *La Walkiria*, *Amleto*, *Rigoletto*, *Mefistoffele*, *Lucía di Lamermoor*, *La Boheme* y *Ernani*.

Como se ve, la temporada promete ser excelente, ya que pocas veces se habrá visto, ni aun en los más importantes teatros líricos del extranjero, un cuadro de cantantes tan notable como el que ha logrado reunir el actual empresario del Liceo, Sr. Bernis, cuyos esfuerzos merecen el aplauso incondicional de los filarmónicos barceloneses y serán seguramente recompensados por el público.

MADRID.—Se han estrenado con buen éxito: en el Español *Figurar*, comedia en cuatro actos y un epílogo, original de Mauricio Donnay y traducida del francés por los Sres. Bueno y Catarineu; en la Princesa *Papá Lebonnard*, comedia de Juan Aicard, adaptada del francés por Augusto Abril; *De pequeñas causas*, boceto de comedia de Jacinto Benavente, y *... y ellos se juntan*, comedia en cinco actos arreglada del francés por el Sr. Jurado de la Parra; y en la Zarzuela, *Fuente escondida*, sainete en un acto de Enrique de la Vega con música del maestro Luna.

***

Necrología.—Han fallecido:

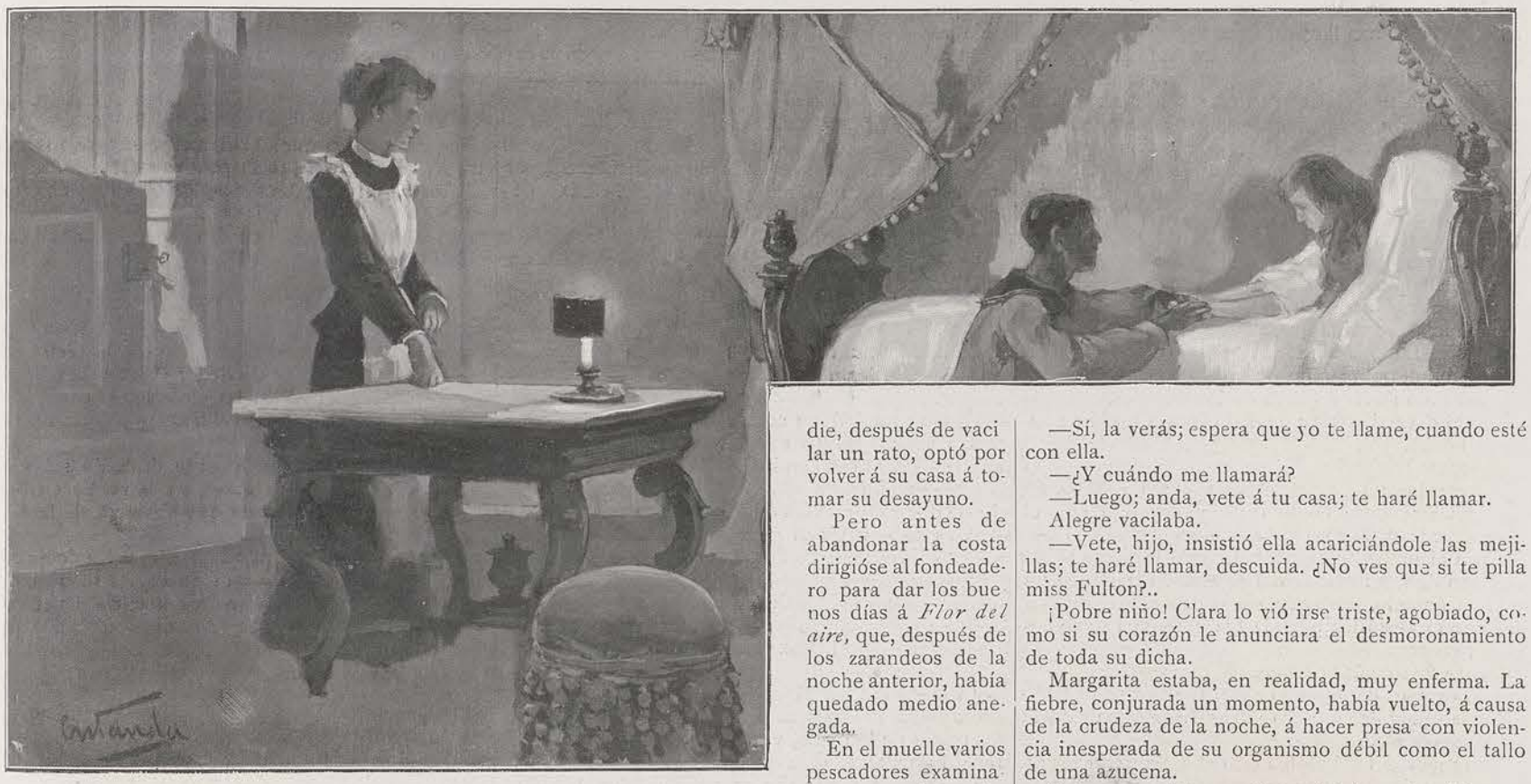
Francisco Alió, notable compositor catalán, uno de los que más han contribuído á la propagación de la música popular regional, autor de multitud de inspiradas composiciones para piano y de bellísimas canciones.

Juan Bautista Casali del Drago, cardenal, desde 1899, ex canónigo de San Juan de Letrán y patriarca latino titular de Constantinopla.

Gustavo Oppert, ilustre sanscritista alemán, profesor de la Universidad de Berlín y autor de importantes obras.

ALEGRE

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA.—ILUSTRACIONES DE CUTANDA. (CONTINUACIÓN.)



Estrechando entre sus manos amorosas las lindas manitas de la chiquilla

XXXIV

LOS CIRRUS

¡Qué noche aquella! Los habitantes de Cruz Chica, los marinos más viejos, revolviendo los rincones de su memoria, no recordaban otra tan terrible.

Al caer la tarde, los primeros hálitos del viento Sur habían empezado á agitar la atmósfera; horas después sólo se escuchaba el sordo rumor del huracán, que desgajando los árboles del monte y alzando montañas de agua en el mar, corría vertiginosamente hacia el Ecuador.

Las barcas del fondeadero, amarradas cerca unas de otras, casi rozándose sus bandas y estrechándose contra los rollos de cables que pendían del muelle, habían pasado la noche más angustiosa de su vida.

Las casitas del pueblo también habían temblado ante las caricias del pampero. Sus moradores, desvelados, aguardaban ansiosos la luz del día para reconocer los perjuicios que aquél habría causado en sus huertas y chacras y en la costa. Sólo Alegre, el pobre Alegre, había dormido como un lirón en su camita abrigada, seguro como un pájaro en su nido.

Al acostarse, pensando en que al siguiente día el *Relámpago* se llevaría á Margarita, lloró un poco, ahogó sus sollozos en las almohadas y siempre con el pensamiento fijo en la chiquilla, acabó por quedarse dormido.

Al amanecer, no bien la luz lechosa del alba se filtró por los cristales, el muchacho se vistió y fué á dar una vuelta por la playa.

El viento había cesado, pero la mañana estaba fría como una mañana de julio; tanto que Alegre, tiritando bajo su traje de verano, tuvo que envolverse el cuello con el pañuelo.

Acercóse al río, temiendo haberse levantado tarde para ver á Margarita antes de que saliera el *Relámpago*.

No, no era tarde: el yate estaba en su puesto de siempre y, cosa extraña, no se advertía en él la más mínima señal de próxima partida. Sus fuegos estaban apagados; el maquinista y los dos marineros de á bordo, sentados á proa, desayunábanse tranquilamente con café negro y galleta.

Alegre no se explicaba aquello. ¿Habrían desistido de partir? ¿Y con qué objeto? El mar, si bien un poco picado esa mañana, no presentaba el menor peligro para un barco de las condiciones del *Relámpago*. ¿Sería quizás porque Margarita estaría mejor... ó peor?

El muchacho barajó en la cabeza estas preguntas, y no hallándoles respuestas satisfactorias, ni queriendo adivinar nada, ni atreviéndose á interrogar á nadie, después de vacilar un rato, optó por volver á su casa á tomar su desayuno.

Pero antes de abandonar la costa dirigióse al fondeadero para dar los buenos días á *Flor del aire*, que, después de los zarandeos de la noche anterior, había quedado medio anegada.

En el muelle varios pescadores examinaban sus embarcaciones, por si las había maltratado el huracán.

Al pasar frente á uno de los grupos, pareciéle oir que hablaban de la quinta. Detúvose y escuchó.

No había duda; hablaban de la quinta, de Margarita en particular. Dió los buenos días á los pescadores y saltó á su bote, quedándose muy ocupado, al parecer, en achicar el agua que contenía, pero en realidad más ocupado en no perder sílaba de lo que de su amiga se decía.

—¡Qué huracán más bravo! A no haber sido porque nuestro fondeadero es como mandado hacer, no lo cuentan las barcas.

—¡Ya lo creo! No parecía sino que los diez mil demonios del aire luchaban cuerpo á cuerpo con los diez mil demonios de la mar.

—¡Hombre! ¿No ha salido aún el *Relámpago*? ¿Qué ha hecho de la prisa que tenía ayer?

—Como si no la tuviera; allí se está sin chistar; ni una bocanada de humo sale por su chimenea.

—Como que no piensa partir, indicó un marinero que aún no había soltado una palabra.

—¿Que no piensa partir? ¿Y por qué?

—Porque no puede llevarse á la niña, que está muy mal; el frío que tan de golpe nos ha traído el pampero ha agravado su enfermedad. Creen que es pulmonía, á lo menos así lo dice Andrés, el hijo del jardinero.

Alegre dió un salto. ¡Margarita enferma, muy enferma! No necesitaba saber más; empuñó los remos, viró hacia el medio del río y se largó.

Con tres ó cuatro golpes de pala llegó la *Flor del aire* á la otra orilla, y su dueño, sin amarrarla siquiera, varándola en la arena, desembarcó, y á todo correr, salvando á saltos las verjas del parque, llegó jadeante á la escalinata de mármol.

Allí se detuvo. ¿Qué hacer? No había á quien interrogar, y no se atrevía á ir más adentro. Por fortuna, Clara apareció cuando el muchacho se volvía descorazonado al parque.

—¡Alegre! ¿Aquí tú? ¿Quién te ha llamado?

—¡Clara!, respondió el chico, ¿y Margarita? ¿Está enferma Margarita?

—Sí, hijo; está enferma, un poquito enferma, respondió la muchacha comprendiendo que era inútil disimular.

—¡Dios santo! ¿Y no podré verla? Quizás sanaría.

—Sí, tal vez; pero está miss Fulton con ella.

Alegre no quería irse sin verla.

—Vete, Alegre, díjole Clara adivinando lo que pasaba en el corazón del niño. Tu amiguita está enferma, pero sanará pronto y podrás estar con ella; ahora no la llevarán á Buenos Aires mientras no esté buena.

—¿Pero no podría verla?, insinuó el muchacho.

—Sí, la verás; espera que yo te llame, cuando esté con ella.

—¿Y cuándo me llamará?

—Luego; anda, vete á tu casa; te haré llamar.

Alegre vacilaba.

—Vete, hijo, insistió ella acariciándole las mejillas; te haré llamar, descuida. ¿No ves que si te pilla miss Fulton?..

¡Pobre niño! Clara lo vió irse triste, agobiado, como si su corazón le anunciara el desmoronamiento de toda su dicha.

Margarita estaba, en realidad, muy enferma. La fiebre, conjurada un momento, había vuelto, á causa de la crudeza de la noche, á hacer presa con violencia inesperada de su organismo débil como el tallo de una azucena.

Tal como estaba, era imposible hacerla viajar.

Miss Fulton, afligida más por egoísmo que por cariño á la chicuela, había pasado la noche al lado de su cama. ¿Qué diría la señora de Alvarado si su hija llegaba á morir?

El temperamento trágico de la inglesa concebía el dolor de la madre de una manera shakesperiana; sus nervios se erizaban como un cepillo con sólo imaginarse las mesaduras de cabellos y los arranques de desesperación que presenciaría en el hogar desolado. De antemano esbozaba con fruición toda una escena trágica. Aquí, la cama de Margarita donde se reclinaba su cuerpo blanco como un lirio tronchado; allí, la madre, pálida, desgreñada, arrojando á los cielos sordas imprecaciones; en un rincón el Sr. Alvarado, inmóvil, cejijunto, tétrico; y ella, miss Fulton, foco adonde iba á converger la cólera de aquellas dos almas, anonadada, en otro rincón, bajo el peso de su responsabilidad, pero soportando heroica todo el chubasco de maldiciones paternas y maternas...

A miss Fulton le gustaba el drama, pero el drama imaginado; el real, el que se palpa, aquel en que uno es protagonista de veras, ese no.

Por eso, cuando la arrancaban á sus elucubraciones los incoherentes gritos de la niña que deliraba en el ardor de la fiebre, y comprendía al contemplarla que su esbozo de tragedia podía muy bien representarse, estremecíase á su pesar.

—¡Clara, Clara!, gritaba con todas sus fuerzas, ven acá. ¡Cielo santo, cómo está Margarita! Ven, oye cómo delira, «Alegre, Alegre...» Siempre soñando con ese Alegre á quien Dios confunda; él es el verdadero causante de todo esto; él con su *Gaviota* y su Peñón y su... ¡Dios mío, qué dirá la señora!..

La inglesa salió; Clara acercóse á la cama de la niña.

—Amor mío, ¿cómo estás?, ¿qué sientes?, ¿quieres algo?

Margarita abrió los ojos, aquellos ojos azules, grandes y límpidos como un pedazo de cielo.

—¡Clara!, murmuró débilmente, ¡tengo sed!

La muchacha acercó á los labios ardorosos de la niña un vaso de limonada.

—¡Clara, quiero ver á mamá!

—¿A tu mamá? Ya vendrá.

—Pronto..., porque me muero, ¿no es verdad que me muero?

—No, hija mía; qué te has de morir.

—Y á Alegre..., quiero verlo á Alegre, añadió más bajo.

Y cayó de nuevo en el delirio, pronunciando frases sin sentido, en las que se enredaban los nombres de su mamá y el de su amiguito.

Era preciso llamar á un médico sin perder un segundo, porque el angelito se volaba.

Clara corrió en busca de miss Fulton; diéronse las

órdenes necesarias, y á poco un peón de la quinta partía á todo escape á la próxima estación para telegrafiar pidiéndolo á Mar del Plata.

Al mediodía habíase levantado una tormenta del Este; la atmósfera se empañó en pocos minutos, y como si todas las cataratas del cielo hubieran respondido á una señal volcándose, empezó á llover, á llover sin cesar una lluvia de gotas gruesas y compactas que en el aire formaban una malla impenetrable.

Alegre, en su casita, miraba por los cristales de la ventana aquellas sábanas inmensas que iban inundando los campos; pero su pensamiento no estaba donde estaban sus miradas; su pensamiento revoloteaba alrededor de la cama de su amiguita. ¿Qué sería de ella? Imposible averiguar nada; si sólo hubiera sido cuestión de una mojadura, no habría vacilado en ir á la quinta; pero las rachas agitaban de tal modo las aguas del río y era tan violenta la corriente, que difícilmente un bote se hubiera arriesgado á vadearla sin zozobrar.

El muchacho sabía que, aun pidiéndoselo de rodillas, padre Ludovico no iba á dejarlo embarcarse. Y allí estaba el pobre niño quemado por la impaciencia, mirando llover á través de los cristales.

Aquel día fué eterno; un siglo entero tardó en venir la noche.

Y seguía lloviendo.

Alegre durmió á ratos, con un sueño agitado, febril, revolviéndose en la cama y creyendo que el amanecer tardaría otro siglo.

Pero el monótono cascabelear de la lluvia sobre el techo de tejas transformó su agitado sueño en un sueño tranquilo, profundo, sin visiones.

Cuando abrió los ojos, la luz entraba á torrentes por la ventana.

Hacía una mañana lujosa.

Los campos chorreando agua, mostraban envanecidos la esmeralda de sus túnicas. La pradera parecía un inmenso paño de billar.

Los rayos del sol teñían de oro y de nácar los algodonosos cirrus que en pequeños copos manchaban el azul del cielo, apiñándose hacia el Oeste, como un rebaño de ovejas asustadas.

Alegre, embotado aún por el sopor de la noche, sentado en el umbral de la puerta, dejaba rodar sus miradas distraídas por los campos, á lo lejos, donde se juntaban con el cielo, donde se amontonaban las ovejas. Sentía una opresión extraña y una rara torpeza en el cerebro para juntar los recuerdos de la víspera.

Madre Marta apareció en la puerta con un tazón de leche humeante y una rebanada de pan; era el desayuno del muchacho.

Éste le dió los buenos días.

—Muy buenos te los dé Dios, respondió ella mirando el cielo, y al ver los cirrus apiñados murmuró con esa fe ciega de las campesinas: hoy ha subido á la gloria un angelito.

Alegre alzó la cabeza.

—¿Qué dice usted, madre?

—Lo que has oído; hay un angelito más en la gloria; hoy ha muerto un niño.

Alegre dió un salto.

—¡Un niño! ¿De veras? ¡Un angelito!

Y echó á correr hacia el fondeadero, sin hacer caso de la buena Marta, que le alargaba el humeante tazón de leche.

Llegar al muelle, subir al bote, soltar la amarra y largarse cortando la corriente de través, fué cuestión de medio segundo. Los remos se hundieron en el agua sucia y espumosa, y mientras el muchacho repetía dolorosamente «¡Un niño! ¡Un angelito!,» la *Flor del aire* volaba sobre las ondas.

En cuanto su proa tocó la opuesta orilla, el negrillo echóse á tierra, saltó las verjas del parque, subió como un torbellino la escalinata del vestíbulo, y trémulo, con el rostro desencajado, jadeante, sin pedir permiso á nadie, entró de golpe en el cuarto de su amiguita.

¡Cielos! ¡Qué vieron sus ojos! ¿Por qué no cegó antes de ver aquello?

Tendida sobre la cama estaba la chiquilla, más blanca que las azucenas que la rodeaban y que los lirios que ceñían su frente enredados en sus bucles de oro.

No había nadie en ese momento. Alegre se acercó temblando á su amiguita... ¿Dormiría?..

Tocó sus manecitas, estaban yertas; sus mejillas estaban blancas y frías como el mármol de las estatuas del jardín; su boquita, sonrosada apenas, no dejaba escapar un soplo de vida; sus ojos estaban cerrados. Pero no dormía.

Alegre dió un grito.

—¡Muerta!

Y loco, delirante, se arrojó sobre ella, la estrechó contra su pecho; la besó en la frente, en los labios, en los ojos, en aquellos ojos azules como las campanillas de los suspiros; en aquellos ojos cuyos fulgores lo habían embriagado tantas veces, que ahora estaban cerrados para siempre.

La dió mil besos, como si el calor de ellos pudiera despertarla de aquel sueño helado.

—¡Margarita!, ¡mi «Flor del aire!,» te has ido..., pero por qué te has ido dejándome...

Su cabeza cayó sobre el pecho de su amiguita, enredándose los cabellos negros del muchacho con los bucles dorados de la niña.

Una voz cariñosa volvióla al mundo. Clara le hablaba.

—Alegre, decía sacudiéndolo dulcemente, ¿por qué has venido, niño mío?, ¿por qué has venido, pobrecito?

—¡Muerta!, murmuró sordamente el niño.

—Sí..., está en el cielo; pero vete, que va á venir miss Fulton.

Alegre la miró con sus ojos tiernos y llenos de lágrimas.

La bondadosa muchacha lo besó en la frente.

—Vete, Alegre mío, suplicó; va á venir miss Fulton.

El niño reclinó un momento su cabeza sobre el pecho helado de su amiguita, murmuró á su oído una súplica, la besó en los ojos, y sin conciencia del camino que tomaba, salió tambaleándose, embriagado de dolor en aquella orgía de la muerte.

A su lado iba Tell gimiendo dolorosamente. El pobre animal también lloraba..

XXXV

DESDE EL PEÑÓN

¿Adónde iba Alegre en la *Flor del aire*? El mismo no lo sabía. Encontróse de pronto sobre el bote, con los remos en la mano, y sus nervios, más que su voluntad impotente para querer, hiciéronlo todo.

Comenzó á remar, á remar sin rumbo, hacia el mar, el mar inmenso y amargo como la desesperación que se retorcía en su alma.

¿Qué le importaba ni qué sabía el pobre niño del rumbo que había de seguir? ¡Qué le importa ni qué sabe la hoja seca arrebatada por el huracán si va hacia el Norte ó hacia el Sur! Y él también era una hoja seca perdida en el torbellino del mundo, que seguía en alas del pampero una senda de lágrimas.

¡Alegre!, ¡triste ironía la de su nombre!

«Te llamarás Alegre, porque eres alegre como las golondrinas que vuelan alborozadas, mojando sus alitas en las olas; alegre como los delfines; alegre como la mar cuando está de fiesta...»

¡Pobre tío Delfín! No sabía él cuando bautizó al muchacho lo que el destino le guardaba para más tarde.

Corriendo sobre un mar acariciado por una brisa dulce y amorosa que apenas rizaba sus ondas, la *Flor del aire* no tardó en tocar con su proa la arena que acolchaba las primeras rocas del Peñón de las gaviotas. La brusquedad del choque sacó á Alegre de su ensimismamiento. Dejó los remos y saltó á tierra, siguiendo los impulsos de un resorte que lo movía.

Contorneando los flecos pizarrosos del acantilado, agarrándose para no resbalar sobre su viscosa superficie, eternamente lavada por las olas, llegó al extremo Sur del islote.

Reconoció el lugar en que se hizo astillas la *Gaviota* aquella noche fatal, y al ver de nuevo la roca que protegiera á su amiguita de las injurias de la lluvia, el pobre negrillo sintió que sus recuerdos, violentamente sacudidos, se despertaban como un enjambre de abejas para hostilizar su alma.

Dió gritos que espantaron á las salvajes aves del peñón; insultó á las rocas del acantilado, tan crueles con los dos náufragos de la *Gaviota*, y guardó sus caricias más tiernas para aquella más compasiva que los defendiera de la lluvia. Al abrazarla sintió Alegre que su corazón, mudo hasta entonces, daba un vuelco, que su dolor se enternecía y que dulcificándose su desesperación se abría ancho camino á las lágrimas que se desbordaron en amargos torrentes.

Lloró, cubriendo de lágrimas y besos la insensible peña. Ese llanto desahogó su pecho; sus nervios, tensos como las cuerdas de un violín, se distendieron; apoyó la cabeza sobre la piedra y permaneció así largo rato inmóvil, inconsciente, sin fuerzas para mover ni el pensamiento ni el cuerpo.

Volvióla en sí un ladrido estridente, hondo como un sollozo. Tell también lloraba.

—Tell, amigo mío, murmuró Alegre abrazando la cabeza del perro, no llores. ¡Si está en el cielo!

El pobre animal seguía gimiendo. Su voz prolongada y agria como la voz de un clarín, estaba como empapada en lágrimas.

Alegre miró hacia donde ladraba el perro, hacia el Norte.

En el horizonte, lejos, sobre el mar mudo, se dibujaba la blanca silueta del *Relámpago*, que á toda máquina, á juzgar por las turbias bocanadas de humo que vomitaba su chimenea, se dirigía á Buenos Aires.

—¡Ay!, exclamó el muchacho sollozando y tendiendo los brazos hacia el barco. ¡Margarita! ¿Te vas?, ¿te llevan?

Y Tell seguía ladrando como si comprendiera que en el yate se iba todo el corazón del niño.

—¡Se va!, murmuró sordamente Alegre mirando al perro; se va, Tell, se va para siempre...

Con los brazos extendidos, los ojos muy abiertos, cuajados de lágrimas y fijos en el barco que se esfumaba sobre el inmenso cuadro del mar tranquilo, inmóvil como una estatua labrada por las olas en la cúspide del árido peñasco, estuvo largo tiempo.

Sólo cuando desapareció en el horizonte, con la bandera á media asta del *Relámpago*, el último penacho de humo, Alegre sintió que le faltaba aire, que todo daba vueltas á su alrededor como bailando una danza fúnebre, el islote, las gaviotas, la costa, Tell, el mundo entero, y cayó en tierra presa de un vértigo.

Allí se quedó profundamente dormido sobre los fucos y algas que días antes, en la noche terrible, amontonara él mismo para que sirvieran de lecho á Margarita.

Allí se durmió soñando con ella, soñando que se embriagaba en la música de su charla infantil, que acariciaba sus mejillas de rosa, que enredaba sus dedos en la blonda cascada de sus rizos dorados, que se miraba en el espejo de sus ojos azules como las campanillas de los suspiros, y que besaba su boquita de coral...

. . . . . .

XXXVI

¡TODO UN MARINO!

La resolución de Alegre era irrevocable; una noche entera pasó sin dormir pensando en ella.

Allí no podía vivir; á cada instante la luminosa silueta de Margarita se le aparecía despertando sus dormidos recuerdos y sacudiendo dolorosamente las fibras de su alma.

Los paseos en bote por el río, ó á pie por el monte ó la playa, habían concluído para siempre.

El único lugar frecuentado por el muchacho era el casco de una barca vieja, que hacía años aguantaba las injurias del tiempo, tumbada panza arriba en la arena de la playa.

En ella, sin más compañero que Tell, pasábase las horas muertas, sentado, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos. No lloraba, ni pensaba, ni dormía. Era una estatua viva.

La *Flor del aire* balanceábase aburrida en el fondeadero; miraba correr los días sujeta siempre á la amarra, sin que á su amo se le ocurriera empuñar los remos y largarse á la aventura, como en días más felices. En su casco resecado por el sol se hubieran abierto mil vías de agua si el tío Jorge, su antiguo dueño, no cuidara de ella á ocultas del muchacho.

—¡Tromba con la suerte!, decía el honrado marino al cubrir con una lona la graciosa embarcación. Unos nacen con estrella y otros nacen estrellados; el chico es de éstos; no sale de una si no es para entrar en otra; cuando no son sus padres, son sus amigos; cuando no son sus amigos, es él. ¡Pobre golondrina africana, siempre perseguida por la fatalidad; siempre herida por la suerte en lo más sensible, en el corazón..., ¡tromba!

Y dos lagrimones como pimientos de á libra rodaban por las curtidas mejillas del marino, que echando más humo que el *Relámpago* y soltando trombas y huracanes, viraba de bordo, no fuera á suceder que Alegre lo pillara en la tarea.

No fué chica la extrañeza de padre Ludovico, cuando una buena mañana el negrillo se le acercó, y echándole los brazos al cuello, le susurró al oído unas cuantas palabras.

—¡Diablo!, dijo para sus adentros el marino. Ya amaina el temporal, ya se barren las nubes de este cielo, ¡gracias á Dios!

Y añadió en voz alta:

—Ven, muchacho; vamos á la barca.

Los dos cogidos de la mano, tranqueando fuerte, acercáronse al refugio habitual del muchacho. Este quería hablar en serio con padre Ludovico, pero á solas, sin testigos, porque iba á decirle cosas muy graves.

—Vamos, chico; suelta la andanada; ¿qué quieres de mí?

Alegre balbuceó unas cuantas palabras en crudo y se paró; no podía seguir; por poco no lloraba.

El pescador frunció el ceño.

—¡Trueno de Dios!, gruñó. ¿Conque aún dura la tormenta?, ¿conque te quieres ir?, ¿conque quieres dejarnos? Qué, ¿tan mal te hemos tratado, que...

La frase murió en sus labios. Alegre se le había arrojado al cuello.

No es por eso, padre Ludovico, no es por eso, le decía con la voz empapada en lágrimas; es por lo *otro*...

Y el chico le contó que allí no podía vivir; que el recuerdo de su amiguita lo perseguía á todas horas tenaz, implacable; que se la imaginaba presente á cada instante, mirándola con aquellos ojos azules tan alegres antes y ahora tan tristes, como culpándolo de su muerte, á él que tanto la quería; que aquella mirada llena de reproches lo enloquecía, porque él y sólo él tenía la culpa de todo; si hubiera resistido, si hubiera obedecido á padre Ludovico, no habrían ido al Peñón de las gaviotas y la chiquilla no hubiera enfermado ni hubiera muerto... No podía vivir allí, porque sufría horriblemente; quería irse lejos, muy lejos, al otro lado de los mares; quería ir en busca del tío Delfín para alistarse en el *Santa Ana* como grumete; quería ser marino para luchar más bien con la mar que con sus recuerdos; así se olvidaría, no de la chiquilla, á quien iba á querer siempre, sino del Peñón, de la noche terrible, de su desobediencia...

Avergonzado Alegre de aquella confesión, cerró los ojos apoyando su cabecita en el pecho del marino que le había escuchado conmovido.

El muchacho tenía razón. ¡Qué diablos!, aquello no era vida; él mismo, todo un hombre, no hubiera podido soportar tanta pena. Debía irse, aunque lo sentía, ¡vaya si lo sentía!, ¡si era su hijo!..; pero encima de todo estaba la felicidad del chico.

—¿Y cuándo quieres irte?

—Mañana.

—¿Tan pronto? Pero si el *Santa Ana* no está en Buenos Aires.

—Pero ya vendrá.

—Sí; ¿y mientras tanto?, suponte que tarde un año, ¿qué harás?

—Esperaré un año; buscaré trabajo; si no lo encuentro iré á casa del señor cura que me recogió; él me lo dará, seguramente, y yo vendré á visitarlos de tiempo en tiempo; y si me embarco, lo mismo, cada vez que el *Santa Ana* recale en Buenos Aires; de todas maneras es su carrera obligada, de Palermo á Buenos Aires, de Buenos Aires á Palermo, con poca variación.

Pero si tardara un año, bien podrías esperarlo aquí, en Cruz Chica.

—No, aquí no; en cualquier parte menos en Cruz Chica.

Padre Ludovico estaba convencido, pero aún faltaba lo mejor; convencer á madre Marta y al tío Jorge.

Sin embargo, las súplicas de Alegre, sus caricias y sus lágrimas elocuentes lo consiguieron todo.

Partiría al día siguiente.

Al amanecer la *Parma* estaba ya dispuesta para salir. Ludovico y Jorge harían el largo viaje desde Cruz Chica á Buenos Aires, para retener al muchacho consigo un tiempo más. Madre Marta hubiera querido hacer lo mismo, pero no se podía.

La pobre tuvo que resignarse.

Abrazó llorando al chico y lo besó; dióle sus últimos consejos y lo dejó ir siguiéndolo con la vista y diciendo en voz baja como una oración, mientras se enjugaba las lágrimas con la punta del delantal:

—Que Dios te ayude, hijo mío; que olvides; que sea feliz mi pobre Alegre.

Este y sus dos acompañantes saltaron á la embarcación. La brisa era bastante fresca; se tendió la vela y con un vigoroso impulso del bichero que Jorge empuñaba, se apartó la *Parma* de la orilla.

El negrillo, melancólico y mudo, fijaba sus ojos dulces y tristes en las cosas que le rodeaban, en el *chalet*, en el parque, en el río, en el pueblo: todos habían sido testigos de su felicidad; todos eran sus amigos.

Cuando desde la barca no se pudo ver más la copa de los álamos de Cruz Chica, Alegre lloraba...

***

Como á las doce del día, en la dársena Sur entró el *Santa Ana*.

Con los brazos extendidos, los ojos muy abiertos, cuajados de lágrimas y fijos en el barco que se esfumaba

Desde lejos Alegre conoció al buque por la arboladura. Llegaba con cuatro días de retraso; cuatro días que Alegre pasó recorriendo los muelles, desde la Boca al Paseo de Julio, contando los buques y averiguando si alguien sabía algo del *Santa Ana*.

Había pasado nueve en Buenos Aires, viviendo en casa de un amigo del tío Jorge, á quien recomendó al muchacho.

Cuando la *Parma* recaló en la Boca, el primer cuidado de Ludovico y sus compañeros fué correr á la Prefectura Marítima en busca de noticias del barco esperado.

—¿*Santa Ana*, dice usted?, preguntó el empleado, ¿de Palermo? ¡Hum! Me parece que no damos.

Había muchos homónimos, *Santa Ana* de Nápoles, *Santa Ana* de Génova, *Santa Ana* de Marsella, pero ninguno de la matrícula de Palermo; á lo menos, ninguna casa comercial de Buenos Aires lo esperaba.

Descorazonados iban á retirarse.

—¡Esperen!, díjoles de pronto el empleado. Si no es éste no hay otro: *Santa Ana* de Palermo, bergantín de 800 toneladas, capitán Volpi, frutas secas y vinos para Bertini y C.ª, ¿es éste?

—¡El mismo!, exclamó Alegre; sólo que viene con otro capitán. ¿Y cuándo llega?

—El veinticuatro se le espera.

—Estamos á veinte, ¿no?; dentro de cinco días.

—Si no viene retrasado, maña de todos los veleros.

Ni Ludovico ni Jorge podían esperar tanto tiempo, aunque hubiera sido su gusto hacerlo para dar un apretón de manos al tío Delfín.

Alegre quedóse solo en la gran capital argentina, después de asegurar por la centésima vez que iría á visitar á los viejos pescadores de Cruz Chica á su vuelta del primer viaje del *Santa Ana*, y que quizás, quizás, iría con el tío Delfín.

Había andado con suerte. Ni una semana tenía que aguardar al barco, cuando muy bien podía haber tenido que esperarlo un año.

Aquellos días que pasó el muchacho solo, dueño de sus actos, perdido en el torbellino de la gran ciudad, fueron de alivio para su corazón. Aturdido, no teniendo tiempo de pensar en su mundo interno por pensar en el mundo que le rodeaba, Alegre se olvidó de sus penas.

Desde la víspera del 24, todo su radio de acción se redujo á los muelles, espiando la llegada del bergantín.

Pero éste no llegaba.

Veinte veces fué á la Prefectura á preguntar por él y otras tantas volvióse sin atreverse á entrar.

Cuando llegó el 27, animóse y preguntó al empleado que ya conocía; nada pudo averiguar.

Por fin, el 28 al mediodía, el esperado entró en la dársena remolcado por un vaporcito. La tripulación maniobraba en el puente.

Pero en vano Alegre abría los ojos grandes, grandes para ver si entre los marineros veía alguno de sus conocidos. Ni tan siquiera uno; todas eran caras nuevas. ¿Si se habría chasqueado?

Sólo cuando pusieron la planchada y los tripulantes empezaron á desembarcar uno por uno, el muchacho tuvo que sofrenar los latidos de su corazón. Había visto á un viejo marino, algo encorvado, de fisonomía bondadosa, pero huraña.

El chico, temblando de emoción, se puso en el extremo de la planchada esperando que bajara. Lo devoraba con los ojos, era el tío Delfín, no había duda; ¡pero cuán cambiado!; parecía que en dos años le habían caído encima diez inviernos; su semblante era más esquivo y sus miradas más hoscas.

Cuando llegó al extremo donde se había colocado Alegre, pasó rozándolo sin verlo. Pero el chico, tomándolo del brazo, le hizo volver el rostro.

—¡Tío Delfín!

La mirada hosca del marino se dulcificó instantáneamente.

—¡Alegre, mi Alegre! ¿Pero eres tú?

—Sí, tío Delfín, soy yo..., soy el de antes.

Los dos se abrazaron. El muchacho reía de gusto, y el tío Delfín lloraba.

Aquella escena en mitad de una calle concurridísima no tenía, sin embargo, ningún testigo; en las grandes ciudades nadie se preocupa de lo que no le atañe. Pero era mejor concluir con ella; bastante tiempo tendrían para abrazarse cuando estuvieran solos.

Tomando de una mano al muchacho, el tío Delfín se alejó del muelle: un marino no tiene permiso para llorar en medio de la calle.

—Alegre, hijo mío, decíale mientras remontaban una de las que conducían al centro de la ciudad, ¡qué hermoso estás!, ¡y qué grande! ¡Si estás hecho un hombre!

No, Alegre no era un hombre por el cuerpo, aunque poco le faltaba; en lo que era un hombre era en el alma; en sus años de niño había soportado borrascas de hombre.

Algo de esto debió sospechar el viejo marino, porque parándose de pronto y tomando entre sus manos la cabeza del muchacho lo miró fijamente.

En la profundidad de sus ojos hermosos y tristes, vió el tío Delfín un mundo de pesares.

—Alegre, mi Alegre, ¡qué hermoso estás, pero qué triste! Tu mirar no es el mismo de antes; tus ojos no son aquellos ojos regocijados, vivos, chispeantes, que tenías cuando te conocí, ¿te acuerdas?, cuando te llamé Alegre por vez primera... ¿Qué te pasa?, ¿qué tienes?, ¿has sufrido?, ¿estás aún en la Compañía?

Alegre contó la historia de dos años pasados en América, día por día; la tenía tan grabada en la memoria que no había olvidado ni un detalle. Contó sus aventuras de payaso, su escapatoria, su extravío por los campos, las bondades del sacerdote que lo recogió, su llegada á Cruz Chica, sus primeras aventuras en la *Gaviota*, su amistad con Margarita, su desobediencia, la noche del Peñón, la enfermedad de la niña, y aun tuvo fuerzas para contar que la vió muerta, que la llamó, que la besó, que vió desde el islote el último penacho de humo del *Relámpago* que se la llevaba; fuerzas para revolver hasta la hez su dolor y sus recuerdos.

Ya no quería vivir en Cruz Chica; quería ser marino, quería alistarse de grumete en el *Santa Ana*, recorrer mares, ver mundo, para olvidarlo todo... ¡Sufría tanto recordando!

(Se continuará.)

DE MOMBASSA AL VICTORIA-NYANZA EN FERROCARRIL, por Carlos Allaud. *(Conclusión.)*

En el Maú, la vía llega á una altura de 2.800 metros, su punto culminante, en donde hay la estación de Londiani y las noches son glaciales. Allí se ven los mismos paisajes que en el Kikuyu Escarpment, pero los habitantes son escasos por razón del clima de aquella región que sólo es frecuentada por los Wanderobbo, mezcla de Masaí y de Nandi, que viven exclusivamente de la caza del elefante.

El mercado de los Kavironds cerca de Port-Florencio

A medida que se desciende, disminuyen los grandes enebros y reaparecen las acacias y el ferrocarril cruza el territorio de los Nandi, muy afines de los Masaí y que todavía son á veces motivo de alarma para las autoridades inglesas, pasa por Fort-Ternán y, cuatro horas después, llega á Port-Florencio, á orillas del Victoria Nyanza.

El espectáculo que ofrece el lago á la llegada no es grandioso, pues sólo se descubre la bahía de Kavirondo, estrecha, de orillas pantanosas y aguas poco límpidas. Para apreciar bien lo que es ese mar de agua dulce, hay que salir de la bahía y dejar atrás la isla de Lusinga; entonces piérdese de vista la tierra, y el agua, azotada por el oleaje, es de una limpidez, perfecta.

El Victoria Nyanza es el lago más grande de Africa y sería el mayor del mundo, si no hubiese el lago Superior, en la América boreal, que tiene 1.500 kilómetros cuadrados más que él. Su superficie es de 83.310 kilómetros cuadrados y la extensión de sus orillas de 1.200 kilómetros; su profundidad no es proporcionada á estas dimensiones, ya que su fondo máximo es de 110 metros y hacia el centro no pasa de 74.

Ptolomeo conocía la existencia del Victoria Nyanza, y su mapa indica perfectamente el Nilo saliendo de tres grandes lagos: el *palus ocidentalis* que es el Alberto Nyanza, el *palus orientalis*, que es el Victoria Nyanza, y finalmente el lago Tsana, de donde sale el Nilo Azul.

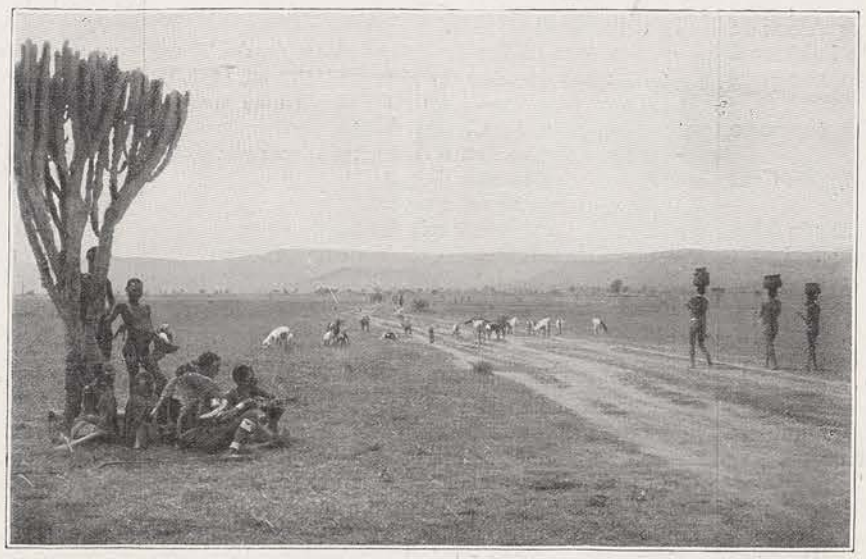
Los mapas portugueses y otros de 1500 á 1800 son en extremo imaginarios, y aun más lejos de la realidad está el de Erhard y Rebmann que hace uno solo de los lagos Tanganika, Victoria Nyanza y Niassa. De modo que hace apenas cincuenta años el documento más exacto sobre la relación que nos ocupa era el mapa de Ptolomeo, trazado un siglo y medio antes de la era cristiana.

Speke fué el primer europeo que en 1858 vió el gran lago, al que bautizó con el nombre de Victoria; posteriormente al mismo Speke, Grant, Buston y Samuel Baker, en varios viajes realizados desde 1860 á 1864, dieron datos concretos sobre los grandes lagos africanos y sus respectivas posiciones.

En 1877 Stanley efectuó por vez primera la circunnavegación del mismo y descubre las islas que hay en sus orillas, y cuya presencia es de grandísima utilidad para la navegación, pues os canales que entre ellas y la costa se forman son, por la tranquilidad de sus aguas, un excelente refugio contra los huracanes allí tan frecuentes y terribles.

El servicio del ferrocarril hállase completado por otro de vapores combinados con los trenes procedentes de Mombassa. Al principio sólo había allí un vaporcito, el *William Mackinnon*, pero desde hace algún tiempo navegan en el lago dos vapores grandes, el *Winifred*, de 700 toneladas, botado al agua en 1903 y cuya velocidad de 10 nudos le permite recorrer en 18 horas las 175 millas que separan Port-Florencio de Entebbé, capital del Uganda, y el *Sybil*, igual al anterior, que fué botado en 1904 y que realiza el servicio de circunnavegación visitando los puertos alemanes de Muanza y Bukoba. Estos buques están montados con todas las comodidades.

Mujeres Masaís á orillas de un río en las cercanías de Nairobi



Llanura de las inmediaciones del Victoria-Nyanza que indica claramente que en otro tiempo la superficie de ese lago fué mayor de la que hoy ocupa

El gran lago está situado á una altitud de 1.200 metros y tiene todos los caracteres de un mar, como el oleaje y las brisas; su agua nunca está fría y en él abundan los peces. El clima de sus orillas sería sano si no fuesen los mosquitos que inoculan el paludismo y la mosca tsetsé que produce la enfermedad del sueño.

El Uganda y sobre todo la isla de Buvuma, al Norte del lago, es la región que más ha sufrido esa terrible enfermedad de la que, hace años murieron las dos terceras partes de aquella isla, antes muy poblada, y que parece extenderse hacia el Este, ya que se presentan más casos, de día en día, en el territorio Kavirondo anteriormente indemne.

Las tierras que rodean la gran bahía habitadas por los Kavirondo ó Jalúo, hermosa raza nilótica que desconoce el uso de los vestidos y que nada de común tiene con los pueblos del Africa oriental que dejamos descritos, más bien se parece al tipo masaí, del que, sin embargo, la separan grandes diferencias. El Kavirondo es, en efecto, apacible, sociable y sedentario y habita en aldeas; poco agricultor, porque su región se presta muy poco al cultivo, dedícase á la ganadería y sobre todo á la pesca.

Las orillas del lago son arenosas y pedregosas y en la pobre vegetación que en ellas crece predominan enormes euforbiáceas; son llanas hasta el pie de las colinas y prueban del modo más evidente que, en otro tiempo, la extensión del Victoria Nyanza fué mucho mayor que en la actualidad. Abundan en éste los cocodrilos y los hipopótamos, que no inspiran miedo á los indígenas ni les impiden pescar por varios procedimientos.

La tribu de los Kavirondo es en extremo interesante porque constituye una prueba viviente de que el sentimiento del pudor nada tiene que ver con las vestiduras. En efecto, los jóvenes de ambos sexos van enteramente desnudos hasta que se casan; el varón casado lleva un trozo de piel de cabra, y la mujer casada se pone una especie de cola de tirillas de cuero y sobre las caderas una piel de cabra, adornada con dibujos al fuego. Y sin embargo, esas gentes que van desnudas son de una modestia y de una decencia irreprochables.

Los que quieran estudiar esta tribu en su estado primitivo habrán de apresurarse, porque la civilización, que á veces produce buenos efectos en las tribus en donde subsisten el tráfico de esclavos, el saqueo y la antropofagia, necesariamente ha de producirlos deplorables tratándose de una raza tranquila, sobria y pacífica.

Un antiguo gobernador, sir Harry Johnston, escribió: «La desnudez es irreprochable y no debe ser combatida, porque caracteriza á la tribu más moral del Africa oriental.»

La creencia, que en un principio tuvieron muchos, de que el ferrocarril de Uganda sería un mal negocio desde el punto de vista económico, quizás resulte

equivocada porque desde hace algún tiempo el tráfico de exportación ha alcanzado un desarrollo considerable, especialmente en la estación de Nairobi. Además la nueva línea de vapores que hace el servicio de los puertos alemanes del Victoria Nyanza meridional ha abierto una nueva vía á los pasajeros y á las mercancías que antes habían de seguir el interminable camino de Tanga-Muanza, pues si bien los alemanes comenzaron un ferrocarril que desde Tanga había de ir al Sur del gran lago, las obras se suspendieron al llegar á una distancia de 32 kilómetros de aquel puerto.

Hay que tener en cuenta, no obstante, que de las cuarenta estaciones del ferrocarril de Uganda, sólo son importantes Mombasa y Nairobi; Port-Florencio, Makindu y Nakuro, capitales de distrito, tienen algunos *bungalows* para los empleados, y en Voi y en Naivasha se inicia una aglomeración. En cuanto á las demás, la estación es el único edificio de la localidad y el jefe de la misma el único habitante. Esta línea podría dar mayores rendimientos si en vez de ser un ferrocarril político, estratégico, administrado directamente por el Estado, estuviese en manos de una compañía privada que considerase el negocio desde un punto de vista más mercantil.

Estación del ferrocarril de Mombassa al Victoria-Nyanza custodiada militarmente por una compañía de Masaís á sueldo del gobierno inglés para evitar las agresiones de los insumisos Nandis

Los turistas que no quieran regresar por la misma vía, pueden hacer el viaje de vuelta por el Uganda, el Nilo y Egipto; pero al decir de cuantos han seguido este itinerario, el camino al través de los pantanos que hay entre el lago Alberto-Nyanza y el Gondokoro es largo, difícil, fastidioso y muy mal sano.

Desde Entebbé á Kampala y á Butiaba, embarcadero del gobierno en el Alberto-Nyanza, hay un camino que llaman carretero, de unas 200 millas, que puede recorrerse en cinco días. En Butiaba se utilizan barcos del gobierno que van á Nimulé en tres días; de Nimulé á Gondokoro es preciso andar á pie 112 millas, en lo que un buen andarín emplea una semana, y en Gondokoro encuentra el viajero un servicio regular de vapores que conducen á Jartum en once días. Desde allí hasta Wadi-Halfa (segunda catarata del Nilo) hay el Sudán expreso, con vagón restaurant y *sleeping cars*, que recorre el trayecto en 27 horas; y en Wadi Halfa se toma el vapor hasta Assuán.

Entre Assuán y Luksor ó el Cairo hay diariamente trenes expresos.

JUEGOS DE PRENDAS

AYER, HOY Y MAÑANA
Ó
LA FE, EL VAPOR Y LA ELECTRICIDAD
Cuadros sociales de 1800-1850 y 1899
POR
D. ANTONIO FLORES
Edición ilustrada
Tres tomos ricamente encuadernados, á 5 pesetas uno,
para los Sres. Suscriptores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

Primera Dentición
JARABE DELABARRE
Facilita la salida de los dientes
y previene todos los Accidentes de la Dentición.
Exíjanse el Nombre de Delabarre y el Sello de la "Union des Fabricants".

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & Cía, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

Historia general del Arte
Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalistería, Glíptica, Indumentaria, Tejidos
Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.—Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

VINO AROUD
CARNE-QUINA
el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Cristo llorado, grupo en barro cocido y pintado al óleo por Juan della Robbia (1469-1527.)

En este grupo que, aparte de su belleza, tiene gran interés desde el punto de vista artístico, el cadáver de Cristo aparece tendido en posición enteramente horizontal sobre la falda de la Virgen, apoyando la cabeza en San Juan y los pies en María Magdalena. Fué modelado en 1521 para un altar que, junto con una luneta de la misma fecha y sobre el mismo asunto figura en el Museo Nacional de Florencia.

Las Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fia G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE
Escrófulas, etc.
PILULES de BLANCARD
EXIGER LA SIGNATURE
APROBADAS por la Academia de MEDICINA
PRÉPARÉES PAR DE BLANCARD
al IODURO de HIERRO INALTERABLE
DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES
DEPÓSITO: BLANCARD & Cie, 40, R. Bonaparte, Paris.

Data de 1849 — PUREZA DEL CUTIS — Paris
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cútis limpio y terso
Casa CANDÈS — Bd St-Denis, 16

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos,* la *Clorosis,* la *Anemia,* el *Apocamiento,* las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos,* los *Esputos* de *sangre,* los *Catarros,* la *Disenteria,* etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN